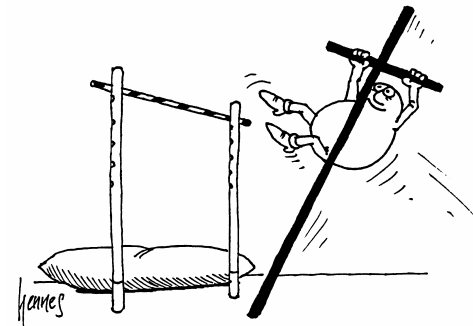


## UN PRELUDIO A LA GRACIA DE DIOS

**GRACIA:** El concepto de la **gracia** en el Nuevo Testamento **no** se refiere a un Dios que nos evalúa en cuanto a nuestro **valor propio** como creyentes e hij@s de Dios según cumplamos con las exigencias de su Palabra, examinándonos cada minuto cual profesor hasta dónde somos capaces de llegar. De este modo, el **último recurso** que utilizaríamos sería arrastrarnos hacia Él con nuestros fracasos para que, por fin, nos pueda perdonar. Si realmente fuera así, tendríamos que esforzarnos cada vez más para convertirnos en “mejores creyentes” y obtener más méritos delante de Él. Al fin y al cabo, nuestra meta sería evitar el fracaso a toda costa con el fin de no molestar a Dios nunca más para que nos tenga que perdonar –por no alcanzar esta meta de perfección–.



Esto podemos ilustrarlo con un hámster que hace sus ejercicios en una rueda en su jaula. Corre y corre, pero no llega a ninguna parte. Así, con el tiempo el hámster se sentirá una rata, encerrada en esa jaula, dando vuelta tras vuelta, agotándose más y más. Una rata, un animal despreciado, asqueroso –que se desprecia a sí mismo por no lograr progresar ni un centímetro. ¡Qué vida más asquerosa!

**NO/SINO:** Cuando hablamos de la **gracia de Dios** queremos decir que Dios cuenta en cada momento con nuestro fracaso. Cuenta con que no podemos cumplir con su Palabra al cien por cien, sus mandamientos y reglas. Somos incapaces de, mediante nuestros esfuerzos, hacernos perfectamente justos ante Él. Y si lo examinamos bien, tal vez tengamos que admitir que nosotros mismos, los creyentes, los compañeros en la fe, nos ponemos bajo presión para alcanzar un cada vez más alto nivel de cumplimiento de la medida que Dios nos propone: nos esforzamos lo máximo y, con ello, presionamos más al compañero que está a nuestro lado y que no es capaz de alcanzar lo que nosotros pensamos que ya hemos logrado. El compañerismo se convierte, así, en una competencia en el ámbito espiritual. Nos comparamos unos a otros en cuanto al cumplimiento de la ley, en vez de centrarnos en Cristo, que lo es **todo** para nosotros (Efesios 1:23; Col 3:11).

Pero el verdadero significado de la gracia es que podemos contar con su ayuda en cada instante, la cual necesitamos, de la cual dependemos en todo momento para recibir su perdón. Recibir esta gracia significa que **no** tenemos que intentar hacer las cosas por nuestras propias fuerzas, que no tenemos que esforzarnos para agradar a Dios y a nuestro prójimo, a las personas que nos rodean, y llegar así a sentirnos justos delante de Él y de la gente; porque lo cierto es que lo único que realmente vamos a conseguir si lo hacemos de esta forma es fracasar cada vez más –nos sentiremos cada vez más desesperados, frustrados con nosotros mismos, deprimidos– hasta que nos despreciemos y nos agobiemos por intentarlo tanto –lo que nos lleva a la auto-condenación, con pensamientos acerca de nosotros mismos del tipo: “Soy tan estúpido”, “No puedo hacer nada bien”, “Soy un caso perdido”, etc.; algo que está totalmente fuera de la voluntad de Dios para nuestras vidas. En cambio, la gracia significa que Jesucristo mismo murió por mi condición de fracasad@, por mis fallos, mi incapacidad, para que yo no tenga que seguir bajo la presión de tener que “lograrlo yo” porque Él lo “ha logrado” (consulta Efesios 2:8-10). Solamente si llego a recibir, acoger y aceptar esta **verdad** para mí mism@, puedo ser transparente delante de Él y de mis prójimos, y admitir mi incapacidad, mi falta de competencia, sin tener que juzgarme, condenarme, despreciarme o rechazarme –en mi andar con Dios–. Al igual, esta verdad me libra de juzgar, condenar, despreciar y rechazar a mi prójimo, a las personas que me rodean y que también sufren, y están tan necesitados de la gracia de Dios como lo puedo estar yo. Dios quiere que nos hagamos **ministros de la gracia de Dios** –para ministrar la gracia que recibimos a los demás.

Como creyente, hij@ de Dios:

- Dios es por nosotros: está a favor de nosotros: Romanos 8:31-39; Salmos 56:10; Salmos 118:1-7; Sal 103.
- Dios nos acepta de forma incondicional: Romanos 5:1-22, Romanos 8:1-3; Tito 3:3-7.
- Porque el amor de Dios es incondicional: 1 Juan 4:9-10; Juan 3:16; Juan 13:1; Juan 17:23-26.
- Esta gracia está vinculada a la **nueva identidad** que tenemos en Jesucristo: 1 Corintios 1:4-9; 2 Corintios 5:16-21; Gálatas 6:15; Efesios 1:1-14, 18-23.

### EJERCICIO:

Busca Efesios 1:3-14, 18-19. Lee el texto una vez en su conjunto, prestando mucha atención a lo que dice acerca de los que creen en Jesucristo (quiénes son en Él, su identidad en Jesucristo). Luego cambia cada “nos” y “nosotros” por “yo” y “a mí”; es decir, cambia el texto que está escrito en primera persona del plural a primera persona del singular:

#### Empieza así:

“Bendito sea el Dios y Padre de **mi** Señor Jesucristo, que **me** bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según **me** escogió a **mí**...

¿Habías examinado este texto bajo esta perspectiva o este concepto antes?

Apunta todo lo que te llame la atención en cuánto a tu identidad en el Señor (¿quién eres tú en el Señor?).

.....

.....

.....

.....

**CONCLUSIÓN:** La gracia de Dios en Jesucristo es su benevolencia y su bondad, su estar en favor de nosotros de forma incondicional y sin que lo merezcamos. Su gracia es su aprecio y afán hacia ti como su hij@ amad@.

O como David A. Seamands resume:

**"Pero en el Nuevo Testamento esta palabra ha adquirido un significado especial: "Dado gratis, inmerecido, imposible de ganar, no compensable. – La gracia es un puro don, de balde, ofrecida gratis."**<sup>1</sup>

**LA GRACIA ES EL PRIMER RECURSO a recurrir, PARA DIRIGIRNOS A NUESTRO PADRE CELESTIAL EN EL NOMBRE DE JESÚS PARA QUE OBRE Y NOS AYUDE EN NUESTRA VIDA POR MEDIO DEL PODER DEL ESPÍRITU SANTO. (Consulta Hebreos 4: 12 – 16)**

**La gracia es el primer recurso para dirigirnos a nuestro Padre celestial en el nombre de Jesús para que obre en nuestra vida por medio del poder del Espíritu Santo.**

**¡¡Ésta es la gracia!!**

---

<sup>1</sup> **David A. Seamands**, "Curación para los Traumas Emocionales", páginas 104 - 105

Adaptado de "Como Crecemos", **Dr. Henry Cloud & John Townsend** (Editorial Vida, 2005), capítulo 4: "El Dios de Gracia", páginas 63 - 79.

La gracia representa a Dios como nuestro Padre celestial, que no nos condena ni desprecia por nuestros fallos, sino que, justamente en medio de nuestro fracaso, –y por medio de su Hijo Jesucristo–, nos facilita una relación cada vez más íntima con Él. Allí donde se encuentra nuestro límite, donde no podemos más, donde nos sentimos fracasados, es donde estamos mucho más cerca de Él. ¡Allí está Él con nosotros, con su amor y aceptación incondicional, su oferta de ayuda en cada momento, su cuidado y provisión: su renovación por medio del Espíritu Santo!

### De forma práctica:

- Su consuelo, su aceptación incondicional, el valor que nos da sin que reclame algo a cambio ni se base en nuestros logros o nuestro rendimiento.
- Su compasión para con nosotros, su comprensión, su misericordia en la situación. en la que nos encontremos.
- Su intervención activa en situaciones difíciles, en las que nos sentimos mucha necesidad y desesperación. Su sanación, sanidad interior: Él sana nuestras heridas mediante el consuelo que nos proporciona su verdad sobre nosotros y el mundo que nos rodea.
- Además, Él nos envía familiares, amigos, pastores..., para apoyarnos. Él comisiona a personas para llenar el vacío de nuestra necesidad con la misericordia y el amor de Dios (son personas que reflejan el cuidado del Señor sobre nuestras vidas).
- La actividad y manifestación del Espíritu Santo, que nos lleva a un entendimiento sobre nosotros mismos, nuestras actitudes, nuestras percepciones, interpretaciones, y que nos guía, por su benignidad y bondad, al arrepentimiento (por los pecados que hemos cometido).
- Su PERDON: Borrón y cuenta nueva en cuanto se lo perdimos porque reconocemos la verdad sobre nosotros mismos y la necesidad que solamente Él puede suplir.
- Y otras muchas cosas...

Siempre que sentimos vergüenza delante de Dios por nuestra necesidad y nuestros fracasos, y esta vergüenza nos impide ser transparentes ante Él, compartir lo que nos pasa o nos ha pasado, revelar a Dios nuestro interior –de tal modo que acabamos escondiéndonos de Él–, es **entonces** cuando realmente rechazamos la gracia de Dios para con nosotros. Como consecuencia, intentamos curarnos y ayudarnos a nosotros mismos, buscando salida y escape, por el simple miedo al rechazo de Dios por lo que ocultamos. Pero Dios nunca nos rechaza como criaturas suyas; en cambio, sí rechaza el pecado. Dios sabe **todo** sobre nosotros, cualquier cosa del pasado, del presente y hasta del futuro, y lo único que quiere es que tengamos **fe, confianza** en Él para explicarle qué nos molesta, nos pasa, nos preocupa; para **confesarle**, a fin de cuentas, nuestros errores para que nos pueda echar un cable, nos pueda ayudar, nos pueda sacar de allí. Si no aceptamos su ayuda, le estamos rechazando y menospreciando.

Robert S. McGee, en su libro *“La búsqueda de significado”*, lo explica así:

“Nuestra posición y nuestro propio valor están seguros por la gracia de Dios, y ya no somos culpables. La convicción se refiere a nuestro comportamiento, no a nuestra posición delante de Dios. La convicción es la forma en que el Espíritu Santo muestra el error en nuestro comportamiento a la luz de la norma y la verdad de Dios. Su motivación es amor, corrección y protección” (página 158).

“¿Hay pecados específicos que necesita confesar? La **confesión** significa estar de acuerdo con Dios en que usted ha pecado y que Cristo le ha perdonado completamente. También significa **“arrepentirse”**, volverse de sus pecados a una vida de amor y obediencia a Dios” (página 132).

“**Arrepentimiento** significa ‘cambiar’; cambiar de manera de pensar, de propósito y de acciones. Es más que solamente una experiencia de tristeza; es cambiar nuestra actitud y nuestras acciones cuando hemos reconocido que son pecaminosas y que no honran a Dios” (página 149).

- Consulta los siguientes versículos: Génesis 3; Marcos 5:33-36; Hebreos 4:14-16; Efesios 2:4-10; Hebreos 13:5-9; 1 Juan 1:5-2:2; Juan 3:20-22, y apunta todo lo que llame tu atención:

.....

.....

.....

.....

El que rechaza esta **gracia** se encuentra todavía bajo la ley (la ley de Moisés), con la demanda y exigencia de cumplir los mandamientos de Dios mediante esfuerzos personales para ganar la salvación, o para dar una mejor imagen delante de la gente y de Dios. La intención de mostrarte como un “cristiano mejor”, un “buen cristiano”, un “cristiano superior”, no es más que **buenas obras** y autocontrol. Así, los versículos bíblicos se convierten en párrafos o artículos de una ley que nos provee la medida por la que juzgamos a las personas y a nosotros mismos.

Esta trampa provoca que nos sintamos cada vez más atados emocionalmente. La persona que está bajo una atadura emocional sufre una presión tremenda de cumplir a toda costa con sus propias fuerzas la exigencia que se le propone, ya sea suya propia o ajena (familia, trabajo, etc.). La presión está basada en solucionar sus problemas, dominarlos y controlarse en cada momento. ¡Es una lucha continua por ser perfecto en un mundo en el que no existe nada perfecto! La persona que se encuentra de tal manera “bajo la ley” para ganarse la aceptación, la aprobación, el agrado, el amor y el perdón de Dios, va a tratar a su prójimo, a sus hermanos en la fe, de la misma manera que se trata a sí misma: evaluará de forma más bien superficial según se cumpla o no una determinada norma. Por su propia necesidad, va a juzgar todo lo que le rodea en vez de darse cuenta de la necesidad real que hay detrás de cualquier problema (abuso espiritual y emocional). Consulta Gálatas 2:1-21.

De este modo, será **mi** rendimiento lo que determine el éxito en mi vida y mis sentimientos de aprobación por parte de Dios y de la gente. Lo que me otorga valor y hace que esté a gusto conmigo mismo depende de hacer **buenas obras** y en qué medida las realizo –de tal forma que intento a satisfacerme a mí mismo–. Así que **todo mi ser** ya no depende de la certeza en cuanto a la obra del Señor en mi vida tratándome, sanándome y restaurándome con su misericordia y poder. Con esto, lo que le estoy diciendo al Señor en “voz alta” es: “Oye, **yo puedo**, y Tú no puedes hacer nada conmigo. El poder es mío, y no tuyo”.

**Pensar que yo puedo controlar, dominar y resolver mis problemas por mis propios medios para tener una mejor imagen delante de Dios y de la gente no es sino ¡¡ORGULLO y SOBERBIA, AUTO-SUFICIENCIA Y AUTO-JUSTIFICACIÓN!! (Santiago 4:5-10; 1 Pedro 5:5-10).**

Entonces, es mi propio orgullo el que impide que Dios trabaje en mi vida por medio de su gracia. Porque allí donde yo tengo el “dominio” y el “control” y me agarro a lo mío es donde Dios no se mete –no se mete en mi vida ni en mi asuntos si no se lo permito, si no se lo entrego todo a Él para que me pueda ayudar con su dominio y, sobre todo, con el poder del Espíritu Santo–. Él nunca me fuerza ni obliga a recibir su gracia, ni a aceptarla; pues, de no ser así, no estaríamos hablando de gracia.

La **verdad no** es que estemos desesperados, sin salida, sin esperanza por nuestros pecados, **sino** que nuestra desesperación se basa realmente en nuestra incapacidad para lograr por nosotros mismos la salvación, limpiar nuestro pecado y borrar nuestro fracaso. Hemos fracasado en cumplir lo que Dios nos propone y exige; pero al mismo tiempo recibimos una nueva vida en Cristo llena de esperanza y victoria. Gracias a que el Espíritu Santo toma el control y el mando de nuestras vidas como hij@s de Dios, no tenemos que salir de nuestra situación por nuestras propias fuerzas o nuestros propios medios, sino que ahora es **su poder, el poder del Espíritu Santo**, el que nos

facilita el hacer buenas obras, obras que reflejen su justicia en nuestras vidas. Estas buenas obras son la **consecuencia** de nuestra **renovación** en **Jesucristo** (consulta Tito 3:3-8).

Y esto es lo que significa la palabra *humildad*: si llego a admitir delante de Dios que soy incapaz de ayudarme a mí mism@ para salir de mi miseria (Romanos 7:24) y me rindo ante Él (1 Pedro 5:5-7) –aceptando a la vez mi dependencia de Él para renunciar de forma activa a la dependencia que tengo de mí y de otras personas–, entonces echo mano de mi verdadera responsabilidad y dejo de culpar a mis circunstancias, al mundo y a las personas que me rodean, o tal vez hasta a Dios mismo, por mi lamentable condición. Es entonces cuando la gracia de Dios empieza a actuar en mi vida, y se convierte en una **verdad** no teórica, sino una verdad que puedo experimentar dentro de mi situación emocional y carnal.

A ver si tú tienes el valor de confrontarte con este proceso. El primer paso es preguntarte con toda seriedad: ¿Dónde estoy yo en este proceso de la gracia de Dios? (Coge una hoja para apuntar por si el espacio preparado abajo no es suficiente.) Y si tienes valentía suficiente, busca al Señor en oración y pregúntale; empieza a compartir tu necesidad, las áreas en las que sientes dolor, inseguridad, rechazo, las situaciones que te deprimen o las cosas que te cuestan, donde te ves sin esperanza, donde te sientes desesperad@, ansios@, abandonad@, avergonzad@, impotente, inútil, confus@, incluso pervertid@, etc., y dile al Señor: “Muéstrame la verdad sobre mí mism@, mi pasado, mi presente, el mundo que me rodea; revélame las mentiras que forman la base de mis pensamientos, los patrones de mi conducta, lo que hay detrás de mis problemas, su raíz”. Pídele: “Señor, por favor, guíame por medio de tu Espíritu Santo hacia mis pensamientos, mis sentimientos, mis emociones; ayúdame a entrar en esa área de mi vida que tal vez guardaba para mí. Lo hacía así por el dolor, para parecer algo que realmente no soy...”. Y luego apunta todo; **sí, todo**, por muy ridículo que te parezca o avergonzad@ que te pueda hacer sentir, hasta la cosa más mínima, por muy insignificante que te parezca. Apunta **todo lo que te venga a la mente**: no importa si tiene sentido o no.

.....

.....

.....

.....

Si estás en consejería, o si alguien te ayuda en este proceso, puedes compartir con esa persona lo que el Señor te haya revelado.

Ahora nos acercamos paulatinamente al centro, al punto clave, donde, muy dentro de nuestro interior, podemos reconocer que realmente necesitamos de la gracia de Dios:

- Donde sientes haber llegado y entrado en una situación límite; al límite de lo que puedes aguantar: “He llegado al límite de mis propias fuerzas” (consulta Romanos 7:14-24).
- Donde puedo admitir esta debilidad, necesidad, incompetencia, desesperanza delante de Dios. Donde confieso todos mis hechos, donde he fallado, mis fracasos y hasta mis pecados delante de Él (consulta 2 Corintios 12:7-10).
- Donde me permito a mí mism@ dejarme caer, desmayar, delante de Dios –porque el dolor es tan grande–. Y dejo que ese dolor pueda salir; lo puedo sentir, se puede manifestar; lo puedo experimentar, pero también puedo experimentar **su gracia** en medio de este dolor que estaba guardado, encerrado durante tanto tiempo en mi alma: el contenedor de mis sentimientos, emociones y experiencias dolorosas y difíciles. Ahora se me hace posible experimentar la gracia del Señor en una forma íntima; realmente ver cómo Él me acoge –dentro de esa caída–, como me acoge en sus brazos poderosos para cuidarme, para consolarme,

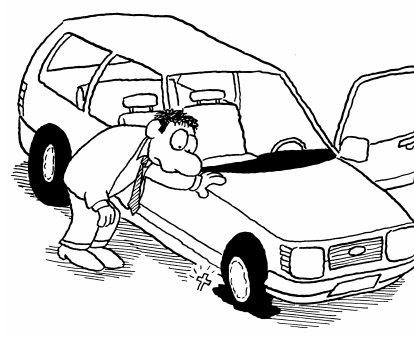
para ayudarme. Y también para perdonarme y sanarme de mis heridas más profundas –que tanto tiempo han estado al mando de mi vida–. Por fin me estoy enterando de lo que **Jesús** me ha querido transmitir y revelar desde hace tanto tiempo, pero que yo no era capaz de escuchar. (Consulta 1 Reyes 19: 1-18; 2 Corintios 1:8-11; 2 Corintios 11:29-33; Lucas 22:39-46.)

La medida de Dios, la regla que Él aplica a nuestras vidas, actitudes y comportamientos, nos revela la necesidad tan inmensa que tenemos por nuestra condición humana. Así, nos damos cuenta de que, realmente, en lo que depende de nosotros, estamos en una situación límite, en un callejón sin salida, sin esperanza; **únicamente** para que luego también nos demos cuenta de su **esperanza** ilimitada, la cual encontramos en Jesús mismo: en su obra en la cruz del Calvario, donde nos rescató de esta condición, de la consecuencia de nuestro pecado (Romanos 6: 17-23; Romanos 8:1-10, 26-27, 37; 2 Pedro 1:3-10; 1 Pedro 1:3-5). Ahora, pues, puedo comprender lo que Él ha preparado para mí desde hace tantísimo tiempo, para qué me ha elegido, el propósito que Él quiere para mi vida (sí, desde antes de la fundación y creación de este mundo –consulta Efesios 1:4; 2:8-10).

Así que si quieres vivir en la gracia, déjate ayudar, ábrete a él, tu Padre Celestial, cuéntale tus cosas – y deja de excusarte, culpar a otros por tu problema, deja de ser la víctima de tus circunstancias o de lo que Dios te ha hecho o que ha permitido que pasara – que no es otra cosa que la auto-justificación: Si tu te justificas a ti mismo, Dios ya NO te puede justificar, lo has hecho tu, pero entonces has rechazado la Gracia de Dios para ti. (Consulta Hebreos 12: 15) Tómate un tiempo ahora y reflexiona sobre todo tu dolor, los pecados cometidos en contra de ti, los pecados cometidos por ti, tu rencor, tus resentimientos, la amargura, tu odio, tu rabia y tu rebelión etc. y compártelo simplemente con el Señor para pedir y recibir perdón, y experimentarás la Gracia de Dios en tu vida.

#### Desafío: ahora de forma más práctica:

Imagínate un coche de esos antiguos, un coche de época, que lo vamos a llamar “cochecito”, ¿vale? Entonces imagínate un hombre normal y corriente, pero que es aficionado a los coches de época, que anda por la calle y de repente ve nuestro cochecito aparcado allí entre otros coches. Y resulta que este aficionado, llamado Fulanito, toda su vida llevaba soñando con un coche de una marca especial, de un color específico, de un modelo determinado; y de repente se encuentra ese coche delante de sus ojos, y dice: “¡¡No puede ser!! Éste es el coche con el que siempre estaba soñando... Es mi coche más amado”. Claro, no tuvo que pensar más en el asunto, estaba ya decidido en su mente: “Éste coche me lo voy a comprar. Yo quiero ser el dueño de este coche, para cuidarlo bien”. Pero claro, un cochecito como aquél vale muchísimo por su antigüedad. Pero Fulanito, al inspeccionar el coche un poquitín más a fondo, se da cuenta de que el pobrecito coche estaba totalmente descuidado, completamente abandonado; tenía abolladuras por todas partes, también arañazos y rayas profundas, y estaba empezando a oxidarse en muchos sitios: había muchas cosas que arreglar. Y claro, la condición en la estaba el coche le hizo sentir muy triste; le dolía ver a su coche preferido en tal estado, pues lo amaba muchísimo. Así que no lo dudó más: “Voy a vender todo lo que tengo para poder pagar el precio y comprar este cochecito. Voy a vender todo lo que tengo para poder arreglar el coche, para restaurarlo bien; es que me duele tanto ver este coche así: cómo puede alguien hacerle tanto daño y luego abandonarlo”. Entonces, aunque el dueño había abandonado el cochecito, cobraba muchísimo por ello, y Fulanito no lo tuvo nada fácil, pero lo logró, compró el cochecito y su corazón se llenó de alegría: “¡Qué bien, el coche ya es mío, nunca más va a estar abandonado; ahora mismo voy a poner manos a la obra y empezar la tarea de restaurarlo bien...”. Así que sacó todas sus herramientas, acercándose con la máxima dedicación a su amado cochecito. Pero de repente el cochecito levanta la voz y le grita: “NO, no te acerques más, párate allí. ¡¡NO ME TOQUES!! De ninguna manera me vas a restaurar. No vas a arreglar nada. ¡Nada de eso! Pues ya es suficiente lo que has echo por mí: has vendido todo para comprarme y sacarme de esta situación de abandono. Y como ya has echo tanto por mí, entonces ahora me toca hacer algo a mí, ¿vale? Ahora me toca a mí demostrarte que, aunque



esté en este estado lamentable, prácticamente roto, sin embargo soy un cochecito bueno; de veras, realmente soy encantador. Así que ahora, como tú eres mi nuevo dueño, tan amable y que me ama tanto, voy a esforzarme lo máximo para que ser un coche cada vez mejor; voy a ver de qué manera me restauro para que te alegres de mí y para que estés muy satisfecho de la gran inversión que has empleado. Ya verás, no te voy a desilusionar. Voy a trabajar en ello fuertemente...; de verdad, ya es suficiente con lo que has hecho por mí, ahora es mi turno." Y así se quedó la cosa. Fulanito no llegó a acercarse al coche porque daba voces y lo rechazaba. Tuvo que guardar sus herramientas y todo el dinero que sobró. Y claro, lo peor de todo, tuvo que observar todos los días cómo su amado cochecito se esforzaba al máximo para restaurarse y para demostrarle qué buen coche era, aunque no lograba apenas arreglarse, porque simplemente no disponía de los medios para hacerlo. Cada día Fulanito se daba cuenta de alguna otra cosa que se estropeaba por el descuido, otra área que empezaba a oxidarse; y esto con todo el dinero y los medios en la mano para ayudarle, restaurarle, arreglarle: Fulanito amaba tanto a su cochecito que se lamentaba mucho por ello, pasando por mucho dolor y sin poder hacer nada...

¿Te puedes imaginar cuánto le dolió a Fulanito ver cada día cómo su cochecito renunciaba a su cuidado y ayuda, echándose a perder?

¿Te suena un Fulanito igual en tu vida?

¿Te puedes identificar con el cochecito en algún área de tu vida?

**Permíteme hacerte algunas preguntas:**

1. ¿Desde cuándo amó Fulanito, el aficionado, a aquel coche?  
¿Desde cuándo te ama Dios?  
  
¿Cuáles son las condiciones que el aficionado, Fulanito, impuso para poder amar al cochecito?  
¿Cuáles son las condiciones que Dios impone para amarte?
2. ¿Qué llegó a invertir el aficionado para poder comprar el coche?  
¿Qué ha invertido Dios para poder tenerte a ti como su hij@ amad@?
3. ¿Cuál es el deseo máximo que tiene Fulanito para su cochecito recién comprado?  
¿Cuál es el deseo máximo de Dios para ti como su amad@ hij@?
4. ¿Por qué razón crees que el cochecito no dejaba al aficionado acercarse para restaurarlo?  
¿Hay áreas en tu vida donde nunca has dejado acercarse a nadie, ni siquiera al Señor, para restaurarte, para ayudarte, para sanarte?
5. Si el cochecito te preguntara a ti ahora mismo qué consejo le darías en cuanto a su situación, ¿qué le aconsejarías?
6. Intenta emplear el consejo que has dado al cochecito a tu situación, como amad@ hij@ de Dios:
7. ¿Cómo podrías expresarle al aficionado, a Dios mismo, que te ama muchísimo, lo que realmente te hace falta o dónde necesitarías su ayuda, restauración y sanación? Tómate un tiempo de silencio y oración delante del Señor e intenta expresarte, explicarle cómo te encuentras, para comprometerte hoy mismo con Él:

.....

.....  
.....  
.....

¿Estás list@? ¿Tienes el valor para dejarle a Él que se acerque a ti? ¿Estás comprometid@? ¿Te animas a realmente exponer delante del Señor dónde te duele, exponerle tus heridas profundas; mencionarle las personas que te han hecho daño; nombrarle también las personas a las cuáles tú has hecho daño; cómo ha sido y por qué: tal vez se trata de tus padres, tus amigos, tu novi@, etc.? ¿Estás dispuest@ a contarle al Señor dónde piensas que has fracasado, tus necesidades, tus dudas, tus experiencias más dolorosas, toda la injusticia que se ha cometido contra ti, el pecado que se ha cometido contra ti, y también a exponerle el pecado que tú has cometido en contra de otros, el cómo ha sido y el porqué...? Lo repito: El Señor ya lo sabe, Él sabe todo de tu pasado y presente, lo que pasó; pero no se mete en tu vida y en tus asuntos si no le cedes el paso. Él te respeta como persona, respeta tu voluntad; aunque le duela lo que observa, lo que ve del pasado y de la situación actual de tu vida.

Insisto: Nuestra alma es como un contenedor gigante que abarca todo esto que acabo de preguntarte; que engloba todo tu dolor del pasado, tus sentimientos y pensamientos negativos, tus experiencias más dolorosas. Sólo hay **UNO**, sólo una persona que tiene acceso a este contenedor, a tu alma: es el Señor, por medio del Espíritu Santo; para sacarlo todo, hasta los trapos sucios, revelarlo todo, limpiarlo todo, perdonarlo todo y ayudarte a ti a perdonarlo todo y así sanarte totalmente. ¿Estás dispuest@ a dejarle acceder? ¿Estás dispuest@ a que Él pueda empezar su obra de **restauración** en tu vida? Él **SÍ** sabe cómo tratar cualquier asunto con mucho cariño –piensa en Fulanito, cómo habría restaurado el cochecito; del mismo modo te quiere restaurar el Señor, con mucho cariño y precaución.

¿Estás dispuest@ a renunciar –tal vez por primera vez– a tus mecanismos de defensa, de compulsión o de aislamiento que te han protegido durante tanto tiempo, pero que han impedido a la vez que el Señor tuviera acceso a tus áreas más necesitadas?

Al rendirte, puedes sacar la “bandera blanca” y decirle al Señor: “Mira, ésta es mi capitulación; ya no puedo más, ya no aguanto más el dolor, la confusión; ya no lo quiero aguantar más: me rindo ante mi dolor, ante mi angustia, ante mi enfado, rabia, enojo. No puedo más; así que, Señor, ayúdame y haz conmigo lo que te parezca bien: tienes mi consentimiento total”.

Entonces, invita al Señor a que eche un vistazo a los escombros de tu basurero. Él sabe convertirlo en algo muy valioso, y está deseando poner manos a la obra. El Espíritu Santo te puede dirigir en este proceso.

Si te comprometes a entrar en este proceso, entonces **YA ESTÁS MUY CERCA DE EXPERIMENTAR DE UNA MANERA MUY PERSONAL E ÍNTIMA LA GRACIA DE DIOS, TU PADRE CELESTIAL**, OBRANDO EN TU VIDA: está gracia se va a poner en práctica en tu vida de forma experimental; vas a experimentar la VERDAD de DIOS tomando lugar en tu vida y en todo tu ser. **¡¡¡ANÍMATE!!!**

**ANEXO:** Romanos 5: 1-11 (versión “Dios habla hoy”)



“Así pues, hechos justos gracias a la fe, tenemos paz con Dios  
por medio de nuestro Señor Jesucristo.  
Por Cristo gozamos el favor de Dios por medio de la fe,  
y estamos firmes  
y nos gloriamos de la esperanza  
de tener parte en la gloria de Dios.  
Y no solo esto, sino que incluso nos gloriamos de los sufrimientos,  
porque sabemos que el sufrimiento da firmeza para soportar,  
y esa firmeza nos permite ser aprobados por Dios,  
y el ser aprobados por Dios nos llena de esperanza.  
Una esperanza que no defrauda,  
porque Dios ha llenado con su amor nuestro corazón  
por medio del Espíritu Santo que nos ha dado.  
Como nosotros éramos incapaces de salvarnos,  
Cristo, en el momento oportuno, murió por lo malos.  
No es fácil que una persona se deje matar en lugar de otra.  
Ni siquiera en lugar de persona justa,  
aunque quizás alguno estaría dispuesto a morir por una persona  
verdaderamente buena.  
Pero Dios prueba que nos ama en que cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.  
Y ahora, siendo así que Dios nos ha hechos justos mediante la muerte de Cristo,  
con mayor razón seremos  
liberados del castigo final por medio de él.  
Porque si Dios, cuando aún éramos enemigos suyos,  
nos reconcilió consigo mismo mediante la muerte de su Hijo,  
con mayor razón nos salvará por su vida ahora que ya estamos reconciliados con él.  
Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios mediante nuestro Señor Jesucristo,  
por quien hemos recibido ahora la reconciliación.”

\*\*\*\*\*

\* **Nota importante:** Hay una noticia muy buena. No tienes por qué pasar por este proceso sol@. No tienes que enfrentarte a tus problemas en solitario. Tener un problema no es ninguna razón para sentirse avergonzado, pero sí la hay si hay ayuda y si no se acepta; esto sí avergüenza. Dios encarga y comisiona a amigos tuyos, o a tu pastor, o tal vez a un buen consejero, para echarte un cable, para acompañarte, animarte, asistirte en lo que haga falta. Así, poco a poco vas a entrar en un proceso de sanidad interior. Vas a tener muchos encuentros personales con nuestro Señor. ¡Inténtalo! ¿Te atreves? No hay nada que perder, y sí un montón que ganar.